

Qué hay en la lejanía que nos atrae de una manera irremediable? ¿Quizás transformamos esta extensión que se nos escapa en una metáfora del deseo de eternidad que todos querríamos probar? Por imposible que ahora nos parezca, hubo una época en que partir era un verbo cargado de incertidumbres. El viaje sólo se podía conjugar en clave desconocida, y enfrentarse a él reducía aún más la frágil distancia existente entre la vida y la muerte.

La Europa del siglo VI se debatió entre las viejas y las nuevas estructuras. Por un lado, hacía muy poco que los pueblos, en otro tiempo castigados por la máquina de guerra más poderosa de los inicios de la era cristiana, habían hecho tambalear hasta los cimientos la antigua y gloriosa Roma; por otro, y sobre todo tras Constantino, el imperio había encontrado en Oriente una nueva oportunidad que tuvo su máximo esplendor durante el largo reinado de Justiniano (527-565). Éste conquistó buena parte de lo que los romanos habían abandonado ante la fuerza de otra civilización que venía del norte, al tiempo que estableció có-

*digos de conducta que todavía no han podido superarse. No obstante, no debemos olvidar el papel que jugó su esposa Teodora, una emperatriz revolucionaria que, a pesar de sus actitudes tiránicas, también supo conectar con un espíritu de modernidad hasta entonces inédito.*

*En este momento de la historia tiene lugar nuestra aventura. El Imperio Bizantino dominaba el Mediterráneo y había establecido un poder casi místico sobre las culturas antiguas. Las tradiciones romanas disfrutaron así de una continuidad esperanzadora, pero la religión —un catolicismo excluyente dictado a base de concilios— fue ahogando legados como el griego, con todo lo que tenía de camino hacia la libertad.*

*El nestorianismo fue una de las herejías más perseguidas por la ortodoxia bizantina. Las dudas que habían nacido en Antioquía sobre la unión completa de la divinidad y de la humanidad en Cristo se convirtieron en un problema político cuando Nestorio fue nombrado patriarca de Constantinopla. Sus seguidores fueron expulsados del imperio, pero consiguieron un notable número de adeptos fuera de este territorio. En Persia fundaron varias academias donde continuaron sus estudios y, además de colaborar en la transmisión de la cultura griega, establecieron las bases de la medicina tal y como la conocemos en la actualidad. Una de las academias más destacadas fue la de Gundishapur, donde los griegos, los persas y los hindúes investigaban y traducían el legado de los sabios antiguos. Al mismo tiempo, se desplegaron por la Ruta de Oriente, fundando monasterios, incluso en la lejana y desconocida China.*

*El gran poder bizantino en el Mediterráneo fue, a pesar de todo, incapaz de extender su influencia hacia el este, donde los persas formaban una barrera infranqueable que ninguna de las continuas campañas llevadas a cabo por los emperadores del Nuevo Imperio Romano fue capaz de doblegar. El muro persa suponía un grave inconveniente para los bizantinos. Su objetivo era situarse en la ruta comercial más importante de entonces, la Ruta de Oriente. Los aranceles exigidos por los persas para que productos esenciales llegaran a Constantinopla hacían cada vez más difícil la pasión de los europeos por las sedas orientales.*

*Justiniano fue el emperador bizantino que con mayor resolución se enfrentó a este problema. Convencido de que las guerras con los persas no les darían la supremacía comercial en la Ruta de Oriente, usó otros métodos.*

*Ésta es, pues, la historia de una misión que a todas luces parecía imposible: conseguir un secreto que los chinos guardaban con celo extremo, ensanchar los límites de Occidente y demostrar que la astucia es más útil al ser humano que la violencia.*

*Queda en las manos del lector dilucidar qué hay de historia y qué de leyenda en las páginas que siguen, siempre que quiera acompañarnos.*



## Capítulo

# 1

*Corinto (Peloponeso)*  
*Marzo, 551*

**D**esde su infancia, siempre que sumergía las telas en tintes multicolores para ayudar a su padre, el muchacho imaginaba la vida repleta de aventuras. Pero el paso del tiempo había traicionado todas sus esperanzas. En ocasiones, se le antojaba inmóvil. Nada indicaba la inmediatez con que se realizarían sus anhelos. El día que cumplió quince años todo cambió...

Padre e hijo viven en Corinto, una ciudad griega al abrigo del mar Egeo. Ha sido la patria de todos sus antepasados. En la actualidad es un lugar tranquilo. La reconquista del antiguo imperio, que lleva a cabo el general Belisario por orden de Justiniano, apenas se ha dejado notar. Las grandes batallas sólo son reales en las historias de los viajeros. Noticias que el viento puede cambiar de un día para otro.

Xenos, un tejedor célebre por sus originales procedimientos, no sospecha que su fama trasciende los límites de la ciudad. Difundida por los mercaderes persas que comercian a lo largo del Mediterráneo, ha llegado hasta el despacho desde el cual Justiniano dirige el imperio.

El día que cumple quince años, Úrian también ayuda a Xenos. Nadie más lo hace desde que se han quedado solos. Es él quien escucha las quejas de su padre. Los tejedores tienen graves dificultades en los últimos tiempos, se ven incapaces de igualar la calidad de las telas que llegan de países lejanos.

—Por mucho que nos esforcemos —insiste Xenos—, jamás ganaremos dinero con nuestro trabajo.

—¿Por qué las telas venidas de Oriente son tan perfectas? Vos siempre decís que tienen una suavidad imposible... —pregunta Úrian, que a menudo se esfuerza para llegar al fondo de las cosas.

—Porque poseen un árbol mágico, el árbol de los «seres», capaz de producir hilos de una delicadeza insuperable.

—¿Un árbol mágico? ¿Y nosotros no lo tendremos nunca?

—Nunca, si Dios no pone remedio.

Xenos permanece en silencio. Minutos después suaviza el gesto y le explica leyendas que escucha a los mercaderes llegados de tierras lejanas. Le gusta hablar con su hijo; también con aquellos que llaman a su puerta y comparten con él sus ambiciones. Es un hombre ambicioso, el tejedor. Pero los clientes, de un tiempo a esta parte, escasean.

Para olvidar sus preocupaciones se entrega al trabajo, a los instantes de felicidad que éste le aporta. Disfruta con la espera paciente hasta que el tinte llega al punto ideal para sumergir las telas. Horas más tarde, cuando las sacan de las calderas, pasan largo tiempo admirando la perfección del proceso. Xenos dice entonces que nadie le puede negar la condición de artista. Su hijo le escucha con un gesto de admiración que le ilumina el rostro y refuerza la armonía de unos rasgos aún por definir.

En ocasiones, el tejedor se queda mirando el mar, la lentitud de las barcas o las gaviotas de procedencia incierta. Son escasas las naves de grandes dimensiones que se aventuran en el golfo de Corinto. Es entonces cuando muestra aquella expresión que tanto sorprende a Úrian. Una mirada feroz que choca con su actitud plácida.

Bajo este dilema, el joven construye su mundo. Piensa en las palabras de su padre. Intenta imaginar aquel pueblo formado por individuos altos y pelirrojos, quienes, según las historias que explican de Plinio el Viejo, extraen de los árboles la pelusa blanca que más tarde hilan y tejen. A menudo se pregunta si, a pesar de todos sus sueños, el destino que le aguarda es permanecer en Corinto y continuar con el oficio de tejedor.

Ha cumplido quince años, pero el mundo continúa inalterable.

Todavía.

Padre e hijo tardan mucho en finalizar el trabajo. Nada saben, por tanto, de lo que se habla en la taberna. De los hombres armados que se acercan a la ciudad. Este

pequeño ejército tiene una misión. Imposible pensar que está relacionada con Xenos, el hombre escogido por Justiniano para llevar a cabo sus propósitos. Secretos e inaplazables.

Úrian se duerme feliz. Han puesto fin al proceso más duro para la confección de los vestidos. Muy pronto, las clases pobres de la ciudad los comprarán a plazos o los pagarán con productos de sus cosechas. Duerme, pero las cuencas inquietas de sus ojos delatan al hijo del tejedor. Una vez más sueña con grandes aventuras, estimulado por los relatos de los comerciantes.

Mientras tanto, la inmensidad del mundo está a punto de penetrar en su propia casa.

## Capítulo 2

*Palacio de Justiniano, Constantinopla  
Abril, 548*

**N**o podemos engañarnos; los médicos han dicho que me queda poco tiempo. Me muero —dijo Teodora, quien, sin la corona y con los cabellos sueltos enmarcando la blancura del rostro sobre el cojín, parecía haber perdido buena parte de su fortaleza.

—Vos no os rendiréis, Teodora. Os conozco. He mandado llamar a un médico persa, famoso por su sabiduría. Dicen que ha curado enfermedades que otros muchos doctores daban por mortales. Sólo hay un detalle que no será de vuestro agrado. Es un seguidor de Nestorio... —respondió el emperador.

Justiniano iba de un lado a otro del aposento. De vez en cuando, con la mano que dejaba libre su lujosa túnica, disponía los cojines del triclinio donde ella se debatía.

El general Belisario esperaba de pie, visiblemente desmejorado; sus ojos azules hundidos mostraban la indignación por el tratamiento recibido. Había pasado más de un año desde su demanda de nuevos hombres que pudieran aumentar la escasa guarnición que quedaba en Roma, donde estaba sufriendo un asedio largo y trágico. Cuando llegaron las dotaciones que reforzarían la antigua capital, el eunuco Narsés iba al frente, como general del ejército bizantino y persona de confianza del emperador. Belisario, que no entendió absolutamente nada de aquella estrategia, había enviado una misiva a Constantinopla pidiendo explicaciones a Justiniano.

—¿Cuál es exactamente la función de Narsés? —le preguntó.

Para entonces ya había entendido que el emperador sospechaba de una posible conspiración. Sabía que su lealtad estaba en entredicho y que Justiniano, que tanto había celebrado sus victorias, se mostraba receloso de su capacidad estratégica y de la estima que todo el imperio le proclamaba. Algunos ya le habían insinuado que el general, envanecido por el éxito, era capaz de postularse al trono.

No podía dejar que aquella ignominia tomara cuerpo. Necesitaba regresar a Constantinopla, declarar su fidelidad al emperador e intentar recuperar el gobierno de sus hombres. Lo que no tenía previsto era encontrar a Justiniano destrozado, incapaz de detener la agonía de la persona que más amaba. Al conocer la enfermedad de la emperatriz, entendió que su misión era casi imposible.

La ciudad no entendía aquel silencio de sus dirigentes. Se mantenía expectante ante las noticias sobre la salud de Teodora, y también dolida por el cierre del hipódromo, huérfana de los perfumes que las cortesanas desperdigaban en su ir y venir, desposeída de los colores que a diario se mezclaban en los bailes.

Mientras, en palacio, se vivía a media voz. Todo el mundo se esforzaba para no molestar a la orgullosa emperatriz. Ella no se abandonaba a su destino y todavía le quedaban fuerzas para responder visiblemente alterada...

—¿Nestoriano? ¡Qué más me da que sea nestoriano...!  
—exclamó, reflexionando sobre cómo había provocado la expulsión de la corte de los seguidores de Nestorio varios años atrás—. Si es capaz de curarme, ¿a qué esperáis? ¡Hacedlo pasar!

—Está de camino, querida. Los mensajeros han traído noticias de su paso por Esmirna.

—No llegará a tiempo, de la misma forma que vos tampoco habéis sido capaz de conseguir el secreto de la seda, tal y como me prometisteis —añadió la emperatriz, mientras un gesto de dolor la obligaba a apretar los dientes y aferrarse al vestido que la cubría.

—Vos sabéis que nunca he renunciado a esa empresa. Conocéis todas las expediciones que han partido con el objetivo de poner el secreto en vuestras manos —dijo Justiniano, pensando asimismo en otros deseos de su esposa; por primera vez se había dictado una ley que protegía a las mujeres, al mismo tiempo que la reconstrucción de la iglesia de Hagia Sofía se convertía en una realidad.

—¿Os referís al ridículo príncipe abisinio con el cual habéis querido controlar el comercio de la seda asiática? ¿De eso habla vuestra majestad cuando menciona su gran hazaña?

—Si me permitís —intervino Belisario—. Quizá deberíamos organizar una expedición; dispongo de los hombres adecuados y han demostrado suficientemente su capacidad en múltiples empresas.

—Vos, Belisario, pensáis en guerras y en el honor de las grandes batallas. No siempre las victorias pasan por las armas. Miradme; en mí tenéis la prueba. Hace falta convocar la astucia, provocar el ingenio y usar la inteligencia.

—Ya sabéis, Teodora, que el general ha demostrado ser un gran estratega. Necesitaremos muchos soldados si queremos traer hasta Bizancio los árboles de la seda —dijo Justiniano, defendiendo a regañadientes al hombre que tanto había contribuido a la reunificación del imperio, mientras Belisario se mostraba cada vez más inquieto.

—Todos los intentos que habéis hecho han sido un fracaso. La China no está a las puertas del Mediterráneo —exclamó Teodora, incorporándose y apoyando una mano sobre el reposacabezas de bronce, y protegiendo con la otra el pecho en el que se había instalado el mal. Todavía, con un tono más íntimo, como si ninguno de sus interlocutores merecieran la confianza, añadió—: Ni quizás la seda crece en los árboles...

—No pretendía contradecir a la emperatriz —dijo Belisario, intentando imponerse sin provocar más tensión de la necesaria—. Me consta que conocéis las palabras de

Plinio en su *Historia natural*, donde explica que la seda se extrae de la pelusa blanca de determinados árboles. No podemos ir en contra de nuestros clásicos... Sería como creer...

—¿Que una prostituta no puede llegar a ser emperatriz de Bizancio?

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Teodora llamearon. Su voz altiva llegó a todos los rincones del aposento. Con aire aristocrático se apartó los cabellos caídos sobre el rostro. Y presa de una dignidad rescatada del dolor desafió al general.

—Belisario no ha querido decir nada parecido, querida. Seguro que encontraremos la manera... —se apresuró Justiniano, salvando la incomodidad de la situación; a Teodora le gustaba recordar aquella vieja historia.

Lejos de avergonzarse, la emperatriz se tomaba su pasado como un motivo de superación. La mujer que reinaba con mano firme sobre Bizancio, de quien Justiniano admiraba su competencia, nunca habría sido posible sin aquella bajada a los infiernos del hambre, sin la humillación y la degradación. Tampoco sin la risa frenética del circo, su cuerpo insinuado entre plumas y el latido de saberse la más deseada.

—¡Escuchadme los dos! Esta vez seré yo quien diga cómo conseguir el secreto de la seda —dijo Teodora en un estallido de lucidez y determinación—. Ya sabéis que mis días están contados y ésta es mi última voluntad. Los nestorianos posiblemente no llegarán a tiempo para salvar mi vida, pero serían hábiles en la misión que os propondré.

—Los dos hombres escuchaban a Teodora sin atreverse a interrumpir su discurso—. Mi plan tiene más en cuenta las ventajas de la astucia y la felonía que las de una acción bélica. Hace años que los herejes nestorianos han instalado sus monasterios en la Ruta de Oriente. Incluso dicen que muchos de ellos disfrutaban del favor de los emperadores chinos.

—¿Acaso proponéis que sean ellos los que lleven a cabo esta misión? —preguntó Justiniano, visiblemente extrañado.

—¿Cómo podemos poner en manos de unos monjes un objetivo tan elevado? —exclamó Belisario.

—Es mi última voluntad —insistió Teodora—, y estoy segura de que encontraréis la manera de complacerme.

Mientras Justiniano pensaba en la propuesta de la emperatriz, ella se dejó llevar por el cansancio. Se había esforzado en gran manera para defender su deseo. Cerró los párpados mientras sus brazos seguían el movimiento de los ojos hasta reposar sobre su vientre. Apoyó de nuevo la cabeza sobre el cojín inmaculado. Sus pupilas, empapadas por el rojo de la túnica de Justiniano, se mostraban ausentes. Belisario salió de la estancia, en silencio.

## Capítulo 3

*Corinto, Peloponeso  
Marzo, 551*

Bajo el cielo estrellado de las tierras griegas, el general Belisario, distinguido en mil batallas, protege al calor de la lumbre el sueño de sus hombres. Con el paso de los años, cada vez le resulta más difícil dormir y deja que el tiempo transcurra mientras inventa historias o recuerda sus episodios más gloriosos.

Como esta noche.

Atrapado en un silencio que sólo rompe la inquietud de los caballos, Belisario desea que el sol despunte en el horizonte. Despertará a los soldados a regañadientes. Siempre se ha sentido incómodo con las empresas ridículas; ésta lo es, y mucho. La derrota ante los ostrogodos le ha obligado a aceptar que sea el eunuco Narsés quien se ponga al frente del gran ejército. Será este viejo soldado, que ya ha superado los setenta años, quien se llevará todos los

honos. Mientras tanto, debe cazar a un hombre. Sólo a uno; él, que ha tenido miles postrados a sus pies.

En el transcurso de la noche, recuerda su última conversación con la prostituta de Bizancio, cuando Justiniano le prometió aquel absurdo. Las escasas luces de Corinto en la lejanía, recortándose sobre el cielo oscuro, le inquietan. Tal vez porque no ha olvidado el terremoto que vivió hace ya treinta años en esa misma ciudad, cuando no era más que un joven soldado a las órdenes del emperador. Un adolescente que aprendía a no inquietarse frente al dolor ajeno.

Las formas indómitas que construyen las llamas le devuelven a la realidad. Le resulta imposible entender la incapacidad de Justiniano para sobreponerse a la pérdida de la emperatriz. Tres años después de morir la terrible Teodora, todavía están vigentes sus designios. Le parece un tiempo perdido.

Pronto despertará el día y los habitantes de la antigua Corinto, que ahora denominan Gorto, quizás en su intento por esconderse de la furia divina, les recibirán hostiles. Siempre es así; pese a que Belisario ha conseguido reunir bajo el poder del emperador buena parte del antiguo imperio, el rechazo y la desconfianza son las reacciones más habituales a su paso.

—¡Xenos! ¡Xenos! —escucha el tejedor que gritan sus vecinos.

El hombre despierta sobresaltado por el ajetreo y comprueba que Úrian duerme. Todavía confundido,

nuevas voces le hacen sospechar que ese domingo no será el día de descanso que necesitaba después de teñir las telas.

— ¡Xenos! ¡Xenos!

— ¿Qué queréis? — responde el tejedor, tomando conciencia de la multitud reunida alrededor de su casa.

— No hay tiempo... Debéis huir... Belisario se acerca...

— le dice Jedisán, el herrero, que ha entrado apresuradamente al aposento.

— ¿Belisario? — interroga Xenos, incapaz de recordar si alguno de sus acreedores lleva ese nombre—. ¿Quién es Belisario? ¿Quizás habéis bebido más de la cuenta esta noche?

— ¡Es el general Belisario quien os busca! La gente no quiere problemas y le han dicho dónde vivís. Llegarán pronto. ¡Debéis huir, vos y también Úrian!

Xenos se incorpora sorprendido mientras le asaltan todo tipo de preguntas. ¡Belisario! ¿Qué puede querer el más temible de los generales de Justiniano de un pobre tejedor como él? Sin vacilar, mientras sacude el cuerpo de su hijo plácidamente dormido, toma una decisión.

— ¡No nos iremos! ¡No tengo nada que esconder, ni siquiera al emperador!

Durante un breve espacio de tiempo recupera la memoria de los muertos que acompañan su soledad. Las tumbas donde reposan sus padres y su amada mujer, Iris, víctima del mal negro. Diez años después, todavía no es capaz de liberarse de aquel olor fétido. Invadió todos los rincones del hogar como si fuera obra del diablo.

Xenos se aproxima a la ventana y contempla las casas bajas repartidas al azar. Imagina la antigua ciudadela pro-

tegida todavía por las murallas, antes de que el terremoto las convirtiera en una ruina. Su tío se lo había contado docenas de veces.

Él es un superviviente, no un cobarde.

— ¡Os habéis vuelto loco, Xenos! Nadie moverá un dedo a vuestro favor si tienen que enfrentarse con los soldados de Belisario.

— A lo mejor Dios tiene alguna razón, amigo Jedisán — responde el tejedor ante el asombro del herrero.

Los dos salen al exterior y comprueban la trascendencia de la visita inesperada. Parece que todos los habitantes de Corinto han decidido reunirse en la plaza con la intención de acompañar al general y a sus soldados.

— ¡Ésta es la casa que buscáis, señor! — dice una voz anónima entre la multitud; uno de los soldados se le acerca y deposita en sus manos una bolsa con monedas.

Belisario se adelanta a sus hombres y camina por el corredor que han formado los presentes. Baja del caballo y da unos pasos en dirección a la casa. Xenos espera en la entrada. Apenas ha tenido tiempo de ponerse su túnica corta y ceñirse el cinturón.

— ¿Eres Xenos, el tejedor de Corinto?

Mientras hace la pregunta, el general levanta la mirada buscando los ojos de aquel hombre. Se arrepiente de inmediato. Su altura incomoda, pero sus ojos inquietan. Hasta entonces, nunca había contemplado unos ojos de colores tan dispares. El derecho recuerda el barro, te atrapa como si cubriera un pie desnudo; el izquierdo, azul, parece no tener fondo, es un túnel o un abismo. Los ca-

bellos oscuros y abundantes acentúan todavía más su arrogancia, la nobleza de su gesto. Belisario piensa que, de haberse presentado en plena noche, no habría tenido aquella multitud como testigo. Por unos momentos, inesperadamente, se siente fuera de lugar.

—Lo soy — responde el tejedor —. ¿Quién me reclama?

—Tengo órdenes de llevarte a Constantinopla. Puedes escoger si vienes de buen grado o si tenemos que obligarte. Así lo ha querido Justiniano, tu emperador. ¿Reconoces su autoridad?

—No me dais opción.

—Como bien dices, no la tienes — dice Belisario, fijándose en el muchacho que sale del interior de la casa.

—Éste es mi hijo Úrian — responde Xenos —, no le dejaré solo.

—Pues él también vendrá — anuncia el general, elevando la voz y acelerando el desenlace de una escena que le inquieta.

El tejedor coge a su hijo por la espalda y le hace saber que deben iniciar un largo viaje, que reúna ropa y algunos víveres. El muchacho no entiende qué sucede, le parece vivir todavía en sueños, incapaz de reconocer la gravedad del instante. Entre la multitud se encuentra su amigo Fiblas, el hijo del herrero Jedisán, que observa la escena con el espanto reflejado en su rostro.

Nadie acompaña a Úrian al interior de la casa. Podría huir por la ventana trasera. Lo piensa mientras sigue las indicaciones de su padre. Poco después sale al exterior con

un fardo; los soldados acercan dos caballos enormes y negros que le asustan con sus relinchos.

Los habitantes de Corinto se quedan mirando la partida de los hombres de Belisario. Se alejan entre nubes de polvo que hacen escocer los ojos. El tejedor de Corinto y su hijo Úrian marchan en medio de la comitiva. Todos regresan a sus casas en silencio, como si el viento del Peloponeso hubiera desperdigado la palabra cobardía por la ciudad.

Sólo un grito ahogado se adhiere a las paredes. Fiblas grita el nombre de su amigo en cuanto su padre afloja las manos que hasta ahora le han retenido con la intención de protegerlo. Como una centella, se apresura a coger su honda y las municiones necesarias. A lomos de la mejor mula del herrero, sigue la estela del pequeño ejército.